

Callaré como Pirrón

Alfredo Germignani



Literatura Tropical

C. Germignani, Alfredo E.

Callaré como Pirrón / C. Germignani, Alfredo – 1ª ed. – Córdoba: Literatura Tropical, 2018.

38 p ; 21 x 14 cm.

1. Fragmentos

1ª Edición: 2018

Arte y diseño de portadas: Santiago Lischuk

Fotografía de solapa: Guadalupe Giménez

2018, C. Germignani, Alfredo E.



Literatura Tropical
www.literaturatropical.com
literaturatropical@gmail.com



Licencia Creative Commons. Atribución – No Comercial (by-nc): Se permite la generación de obras derivadas siempre que no se haga con fines comerciales. Tampoco se puede utilizar la obra original con fines comerciales. Esta licencia no es una licencia libre.

Dice Pirrón que las cosas aparecen igualmente indiferentes, inestables e indecibles, por eso ni nuestras sensaciones, ni nuestras opiniones dicen verdad o mienten. Por consiguiente, no debemos creerlas, sino permanecer sin opiniones, sin inclinaciones y sin sobresaltos, diciendo sobre cada una de ellas que ni « ni ».

Anaxarco de Abdera, maestro de Pirrón, comparó el mundo con un teatro, y consideró que las cosas reales no son distintas de las que se presentan durante el sueño o en medio del delirio.

Callaré como Pirrón

No hay palabra ninguna tan terrible de decir, ni sufrimiento ni desdicha propagada por la soledad, cuya carga no venga a abrumar la naturaleza humana.

Aquello que empiezo es el desprendimiento de un estadio inferior al final de una **ficción desgarradora**; está siempre al final aunque se empecine mucho en parecerse a un comienzo. No es el final, sin embargo. El final —dije— está antes, acaso entre confesión y escándalo, diatriba de un deseo truncado, mórbido, desencantado. Y es que el tiempo, en la ficción de otros, es una forma de **comunicación abierta y voraz**, trágicamente fragmentaria, sujeto a transformaciones arborescentes. Así imagino mi pasado.

La carne vibra espanto y el espacio entre

la locura y yo es del tamaño de un tragaluz. Me quedo inmóvil; quisiera observar un acontecimiento, cualquiera, que me produzca, no importa cuál, un sentimiento. El ocaso se coagula azul sobre la ciudad y podría asegurar que pienso en ella dos veces al mismo tiempo. Creo que nadie tiene el valor suficiente para sentarse en un banco de plaza a dejar pasar sus recuerdos,

a **dejar pasar**, sólo eso.

En sus recuerdos, ella dice: “Quiero sangre”, y la sangre estalla como una carcajada mórbida. Su fuerza es contraria al estado de represión: la soledad es el lugar donde ni nosotros mismos podemos estar.

Me volveré hacia una imagen desfigurada, decidido, cuando sepa si debo asesinarla o estrechar su mano. Ahora es mejor así. Leer noticias repetidas en los periódicos y beber una taza de café mientras supongo que una decisión me espera. O viene a mí la decisión; no sé, no puedo saberlo. Quisiera permanecer aquí, sin embargo. Hay un miedo inconcluso que crepita, lo he visto en la razón violada de mi sacudida traición. Nadie calla ante ella, aun-

que conmigo, amordazado a su amorfo destino, ya ha sido suficiente. Tengo ganas de velar por quienes lloran a los muertos y de celebrar la muerte de sus muertos. No me ausentaré cuando me acerque a sus cuerpos desgajados, habrá en sus ojos duelos aturridos y extranjeros odios enajenados. Y nadie estará allí para verlos.

Ella dijo: “Es de esos amores que le faltan piernas por tener un par de brazos más, con el propósito de buscar el alma cuando el cuerpo no está”. Yo caí de rodillas como si de un sablazo me hubieran cortado las corvas. La soledad corrió espantada, la vi devorada por violentos mordiscos, ya abatida, cuando me disponía a darle nombre a su bastarda ausencia.

Y nadie vio, nadie vio —digo— cuando contuve su furiosa decisión. La plaza se colmó de un helado olor a infancia enrojecida y la exangüe sombra de un anciano aconteció súbitamente. Encorvada y delgada como una hoja, una mujer caminaba hacia el ángulo imposible de una infinita esquina.

Un lado de mi mano desapareció; supongo que quería tocar-te. Demoré mi identidad en la agónica pausa que flota entre dos caras tras un beso, y oí el duro ruido de una puerta al cerrarse; todo parecía haber terminado.

La noche pendula sobre una casa sin puertas ni ventanas, sostenida por tejidos invisibles como una marioneta en un teatro de sombras, una mano atravesó sobre un escenario de niños sin ojos y la luna, vengada ya, se desplomó sobre una sentencia olvidada. Caminó un hombre de saco verde oliva hacia un banco de plaza, pero no se sentó, nadie podría hacerlo; quedó frente a él porque hacía tiempo y frío y el banco, vacío, recordaba a una mínima ausencia, similar a cuando acabas de quitarte una prenda de encima. Supe, entonces, que se había producido un suceso, que la decisión había cumplido su propósito de sepulcros. Pero nadie —digo— estuvo allí para verlo, sólo yo: contemplé y dejé pasar sus recuerdos, tránsito al no ser, trágico y desgarrador desvelo, fue el de aquella mujer que dos veces pensó en un mismo lugar, una misma armonía, contenidas en un solo cuerpo.

Tengo un dolor oculto,

coagulado en mi bastarda soledad, que, en pausas desgarradoras, destripa su ausencia; empero, no la mata. Me pregunto si mañana volveré a verte; me pregunto cómo concebir un

deseo en un personaje de novela. El dolor no asciende como una muralla, ni como una barranca desciende a los infiernos. Tampoco es lineal como un camino u horizonte encendido. El dolor es sólo eso, algo, no sé, que está ahí; no es mío, lo sé, el dolor es eso: no-mío. Pero ¿por qué envejece? (Acaso ella es su mejor ficción). Vivo ayer dos veces, dos veces digo: ayer. Aunque no parece. No parece porque soy muerto: estoy no-vivo.

Quedó su ausencia
desnucada sobre una barranca
confusa; parecía un cuerpo abominable,
digo: *parecía* un cuerpo. Agonicé su pena inquebrantable y vi
sonámbulas palabras delatarse por encima de una enloquecida soledad
que, difamada, vomitó —
borrascosa— su propia oscuridad.
Aborrecí entonces su insondable vacío;
no había allí sino penas desencantadas y duelos amurallados.
Quise correr; tenía miedo. Pero era ya demasiado tarde. “No te quedes,

no te quedas”, me dijo. Y mi cuerpo resbaló, inmune a la misericordiosa **Nada**, los espantos del amor regresaron a sus cómodos infiernos y yo, que no sé entristecer, supe que había vuelto a casa.

Te devuelvo mi silencio olvidado en el absurdo grito...

No me convence tu exangüe imagen cuando acontece el odio enrarecido contra la implacable sombra de la esperanza. Soñar es asesinar los espacios abiertos y yo te sueño y por eso la soledad no tendrá jamás dónde morir. Observo, con presuntuosa atención, que mis vacíos pasos vuelven sobre invisibles huellas cuyas incomprensibles formas delatan una traición. He gritado, rabioso, un secreto que nadie ha oído; me he libertado de su infecta san-

gre, puedo ahora retomar el sendero inverso de los sin nombre. No la encontraré, y seguramente destruiré sobre mis enrojecidos pasos la oprobiosa luz de la que te he hablado. No puedo escribir la palabra amor porque me parece una decisión amorfa e inconclusa. Tengo un diminuto destino estrangulado entre la sed y la furia. No quiero que te quedes hoy conmigo, aunque quédate, prefiero que mi secreto mutile mi carne contigo.

Las cartas siempre me producen un sentimiento opaco, diluido — quizá— en una especie de intolerable contradicción, que fluye en mi cuerpo como si me esperara un tránsito al no ser. Y es que en ellas, en las cartas, uno se muestra como quiere que lo vean, y eso me hace temblar, mullido, sobre el desastre. *Ella* habla sobre el vaciamiento de los sentimientos en las epístolas. Cuando la carta llega al destinatario, los fantasmas, faltos siempre de concupiscencia, ya se han robado todos los besos. Yo no quiero una carta ufana, decidida o resuelta, porque — creo— es ahí verdaderamente cuando los fantasmas, desvergonzados, se

meten a pulular en ellas. Si quiero decirte: “Tengo miedo”; es, pues, ahí cuando las criaturas ingravidas del lenguaje morderán y arrancarán pedazos de mis palabras. La única forma de expresión que considero pertinente —o que, al menos, puede embaucar el hambre voraz de los fantasmas— es la poesía: que es, entiendo, el oscuro interludio que hay entre el hombre y el lenguaje.

Quedo, pues, sosegado; puedes estar seguro, no hay en esta misiva ningún fantasma. No hay espacio para ellos, no porque no lo tengan, de hecho, como dije, siempre están, pero hoy, infame, los he matado a todos. Dije que la poesía es el oscuro interludio que hay entre el hombre y el lenguaje. Se trata de un estado, la poesía dije, un estado de asalto inextricable y desolador que obliga al cuerpo a desdoblarse de las demás cosas que le contienen. *La verdadera fuerza creadora aísla al individuo y le priva de vivir como a la demás gente.* Es la herida que en el cuerpo abre la soledad del lenguaje. El tiempo es el enemigo. La soledad empodera al escritor, lo doblega. Como en los sueños, el espíritu se desdobla del cuerpo para vislumbrar aquellas cosas que no han ocurrido aún. Es un estado de insomnio insondable; la soledad está infecta de ficciones triviales.

No sé leer de otra forma adentro de esta casa sin puertas ni ventanas donde te leo. De todas las otras maneras puedo leer casi sobre cualquier cosa. ¿Será la semántica de los decadentistas un luto violento de soledad? Hay personas que no puedo leer, el texto es un tejido de arborescencias maravillosas. Adentro de esta casa sin puertas ni ventanas donde te leo: las formas no son categorías. No hay significancias en los símbolos. No hay ríos en los árboles.

Ahora te quedas un *poco* solo, qué estoy diciendo, si te quedas, en realidad, SOLO. Acompañado, quizás, por cierta impasible, trillada melancolía. En tu interior resuenan voces que crees familiares. Preguntas; nadie hay a quien preguntar e igual preguntas, ¿quiénes son los que por mí vienen, de dónde han salido los que me exilian, voces hasta hace un momento? ¡Qué rápido han cambiado! Inviolables /foráneas/ sensaciones que retoman truncados viajes que

alguna vez, por causa del miedo a la implacable bota del destino, no me atreví a desgazarlos —en secreto y sin culpas. Los espacios abiertos son mentiras, mentiras con apariencias de verdades. Mira lo que hiciste de mí, seguro que estarás satisfecho.

Me niego a encauzarte; **te desprecio, vida**, te desprecio. Sereno, abolido de emociones, te sentencio. Quisiera despertarte, pero siempre soy yo el que despierto. Día a día, soy el adjetivo de ufanos

rencores. Día a día, pronuncio y
acecho, inquebrantable, vida,
muerto.

Hay días que despierto con fuerzas extraordinarias; esta ciudad que tanto angustio me parece un lugar posible, donde podría pasar el resto de mi vida haciéndome cargo de la soledad de otros. Hay días, sin embargo, en que abro los ojos hasta el techo, henchidos de ira, convencido de que el anhelo no es una probabilidad, felizmente: un tránsito al no ser.

El andar entre la demás gente, en las calles, en las plazas, en el epicentro de la convulsión humana no me provoca espanto, no me escandaliza: simplemente es mi imaginación. Pero siempre hay lugares por donde salir correr; es otro el asunto. El asunto es la soledad. El silencio.

Sólo tengo que estirar mis brazos, abrir mis manos, y me encontrará. Sólo tengo que dar un paso, uno más, y caerá; corrompida la imagen, mutilada fe estéril la de las personas, que en profusa soledad engendran vástagos de una antigua memoria del signo, donde devoraban culpas y metáforas unos a otros, como el luto del lenguaje que me inventa.

Aún persisto en mi historia, retenida acaso sobre mi carne mutilada; sobre la estrepitosa imaginación que, desmoronada, simplemente acontece. Mi identidad es un resumen de noticias repetidas en los periódicos; no puedo advertir la tragedia, mi nombre es una excusa que adolece, un teatro de sombras deformes y una nómina de dioses irreversibles. No tengo por qué recibirte en mis brazos, pero me detengo, otra vez, vencido, ridículo, cobarde;

creo que nadie está a salvo de la ira de los dioses. “Todo lo que digas estrangula la dolorosa sensación de la razón. Eres tú el que no entiende”, me dijo, y, ausente de desidias, re-encaucé mi pasado. La imaginé deformando la piel de las plegarias, debatiéndose entre perros y gatos. No hay más tiempo, dije que no hay tiempo; debo estrellarme contra una tierra confusa de soledad. Pero la noche es grande y no todos sueñan con palabras que hablan. Con **silencios que estrangulan.**

Adulo, acaso ingenuo, la parábola entumecida que antecede a la certeza de hallazgo; me conmueve la distancia inescrutable entre mi tiempo y la imprecisa soledad de otros, porque no puedo contemplar la fe sin rendirme antes al cortejo de la

desgracia; bella, impávida, igual que una calle transitada por hombres duplicados que no descansan, comulgo con entorpecidas antítesis de una tarde diezmada; por incomprensión o simplemente desvelo: no muero. Quiero advertir la ausencia de un objeto cualquiera y comprobarla; la sensación de acontecerlo todo invade la confesión que otros, de sí mismos, me han hecho. Una memoria inabordable sostendría la cacería de una palabra que te reclame; pero la coartada, caprichosa, cela mis yoes envejecidos.

El cuerpo, herético, se pudre junto a otro cuerpo, un duplicado acaso, de estridente sordidez. La traición,

compuesta de espantos y agudos horrores, sale a la caza de mi pudiente soledad. No puedo detener a *pensarme*; otro quedó atrás, otro es imposible, como la imaginación, como la gloria de un pueblo. Retengo el sosiego, la tranquilidad impoluta de una noble venganza me ha conmovido. No quiero, escúchame bien, no quiero acontecer la espera. Ella, sin embargo, arrancada de la Nada, organiza las geo-

grafías del incommovible desierto del lenguaje. Sostengo mi vida en una, dos, vagas palabras. Acudo al momento; a propósito del tiempo, su silencio revela el día, estoy entero y sin excepción. Olvido, olvido sobre todo: el intersticio entre yo y mi otra oscuridad, ajena, mi muerte, como un secreto mi muerte.

El día, esta indescifrable frac-

ción de tiempo y espacio que contiene, yuxtapone caídas estremecidas convertidas finalmente en calas inclinadas hacia la oscuridad. Anhele una bellísima traición que jale contra todo lo que cante, y asesine, con pomposa elegancia, la forma cóncava del lenguaje: el silencio. Ignoro, adormecido, casi no-vivo, el suceso diario, lo cotidiano; el trajinar doméstico decapita hasta las voluntades más voraces, nadie espacia una vida, lánguida de terrores, sin escandalizarse.

Escribir sobre lo que escribo, desdoblamiento de la escritura misma, escritura de la metaescritura, deseo de escribir sobre la ficción de lo escrito y no sobre lo escrito. Imaginar, incluso, que escribo la forma intrínseca de un texto, impuro, doliente, infame. Quiero un texto que imagine, que imagine que lo escribo y

que escribiendo imagine que escribir es un ejercicio inútil: que de vanas ficciones está anudado. La imaginación del texto que escribe, o piensa que escribe: **“Leer es también ser leído”**.

Aprendí a desambiguarme utilizando innumerables intersticios de la semántica muerte, aplicando innumerables métodos de traición entre texto y texto. **La soledad es una arborescencia, un estado fantástico de la escritura.** La composición es irreal, la sustancia es la manifestación de la forma de la materia.

... y mientras —ellos— me ven llegar, minúsculo como el movimiento de un dedo. Paisajes de palabras y llantos profanados me reciben bajo el umbral de la última sensación pensada: una casa

sin puertas ni ventanas. Descubro, irremediable, que soy capaz de matarlos a todos con ufana elegancia. Volverán, sin embargo, cargando consigo viejos adjetivos olvidados; se acercarán a mí, gloriosos, igual que el odio inexpugnable de los vencidos y, corrompida la lumbre, podré observarlos, extranjero de mis pensamientos, de mis palabras, desde otro lado, otra nada.

Pienso que si nos hubiéramos conocido en un paisaje devorado por llamas invisibles, seríamos el tiempo que el fuego demoró en consumirlo todo. Hoy desperté con esa sensación, y supe, no sé por qué, que no me abandonaría durante todo el día.

Me siento ido de éste que **SOY**, ajeno a todo tiempo, como si **otro mío a mí me contemplara**, un duplicado, caminando hacia extrañas formas del silencio, escribiendo textos percederos; *ayer* para mí, *mañana* para ellos, en casa *hoy* me aguarda el otro que imagino, que imagino soy, y dice: “No, señor. Éste que ve es usted”.

“Dije que soy un moribundo; me equivoqué. Esta es la vigilia atroz de un sueño de muerte”.

Pienso en la palabra soledad. No puedo —dos veces— mantener el pensamiento sin que éste me vicie de violencia, como un vómito de infancia a mitad de la muerte, diurno de placeres vagos de amor. Compenso la fraternidad de un encuentro; éstos a quienes conozco no son más que un producto de mi soledad. Como una tijera abro mi afilado pecho y mutilo las ciudades que arborecen: cuando un cambio se opera en el interior de un estado, ninguna palabra puede evitarlo. No hay sangre, miro y no hay sangre, nada cae desde el interior. Porque no hay altura en la espera, no hay tragedias. Mi soledad me inventa: ¿el significante es menos la palabra escogida que el hecho de haberla escogido?

El día que en mí transita no es el día, sino una
palabra impregnada sobre la

desgracia,

un sueño asolado por la **Vigilia**.

Lo que otrora me pareció concluido es hoy el principio que antes creí mutilado. Nunca consigo pulir un texto convenientemente; leo, releo, tropiezo, siempre al comienzo, hay palabras que se escurren, que, intransigentes, se libertan. Palabras, también, desgarradas de significancia, narra-

ción deforme, amputada, irregular, desproporcionada.

No sé

por dónde comenzar; la idea del principio me sofoca, empezar a contar es siempre una manera de no empezar y por eso de terminar. Empezar este texto, por ejemplo, fue saltarme el inicio de otro que había dejado para el final, así como el final de éste, que empieza a terminar.

**Mi cuerpo es un texto
que **no sé escribir.****

Como si la furiosa distancia entre lo que soy y el mundo —lo que de él imagino— pudiera comprimirse hasta la autobiografía; inútil afán el que me procuro perseguir. Las soledades que vivo son vastas e innumerables, tienen vidas tremebundas, pero a ninguna puedo conocer; mi **cuerpo** estremece su oscuridad, en

ella una invisible mano tiembla, se abre; no hay nada, peor que nada: Nada. No es mi cuerpo el que agoniza, son mis soledades. **Mis nada**s.

“Solitario es andar por donde ni nosotros andamos”, dijo el poeta. Vibra el mundo antes de contraerse, pasan en mí las palabras. Todo enunciado acabado corre el riesgo de ser **ideológico**. Hay un acuer-

do tácito de la **ficción**. Como criatura del lenguaje, el escritor está atrapado en la **guerra** de las ficciones.

**“El suicidio es un arte”,
dijo ella, y me conquistó.**

**El texto es el cuerpo y el
cuerpo, el tiempo.**

**No hacer nada es
una obra de arte.
Hacer, en cambio, es com-
batir inútilmente contra
el tránsito irregular del tiem-
po, que carece de fuga, de
bellas formas del espanto.
Está vivo, en
realidad, quien**

nada tenga que ha-
cer.

El tiempo [así] descuartizado no es fragmentario sino improbable; acontece en el furor de mi sangre porque revela ásperas distancias entre el desierto y su semilla. Imagina entonces insípidas consideraciones morales. Falsa muerte, atroz la de los signos, fosilizadas en metáforas artificiales.

Escribo: estas palabras, que alguna vez fueron otras, ¿están vivas o muertas? Palabras mías que

—al igual que yo— van hacia aquellas otras, y nunca saben quién soy. ¿Quién, ENTONCES, acompaña la soledad de mis yo?

Era una madrugada de domingo pero de día, como la intimidad de una tristeza provocada por la misma intimidad que la cobija, como los ojos de un niño sin padre; como el padre del niño en los ojos; como dar cuenta, tarde, que un suceso te ha revelado, te ha dicho para qué le hemos asistido, y no poder contarle, no poder, simplemente, decirlo; como olvidar que has

perdido, el amargo viento que a
la nada te transita; esto no tiene
sentido, trágica es esta vigilia:
estar donde ni nosotros podemos
estar.

Desgraciado lenguaje

que hace parpadear

esta

soledad.

Quisiera matarlos

pero hace tiempo y frío. ¿Por qué exhalan su furia con una sanguinolenta mirada? Conozco a quienes me han traicionado; supongo que ni ellos ni sus vanos sueños de gloria pueden corromperme. Los volveré a ver, es lo único cierto. Pero por seguro tengan que hoy no voy a **matarlos**, no voy a **matarlos**. Los dejaré vivir, aunque desee verlos muertos. Los dejaré vivir porque sé decir muchas mentiras con apariencia de verdades; y sé, cuando quiero, proclamar la verdad.

Una **mujer trágica**
llora acurrucada contra su estómago, absurda, en una habitación sin puertas ni ventanas. El silencio horada su moribunda soledad, agrietan la carne, y grita la sangre. Una **luz exangüe**, por en-

cima de ella, le llega apenas; se enciende, se apaga. El otro llama, al parecer, a la puerta, pero dije ya que **en esta patria no hay puertas, no hay ventanas.** En un rincón del cuarto aparece un hombre deforme en silla de ruedas, que reposaba, ido, en tácitas tinieblas. Se acerca, **incorruptible**, hacia la imagen de ella; se detiene y comienza a reír, ríe hartó, a carcajadas, apuntando con su raquíico brazo al centro desfigurado de la bastarda escena. Ella, compungida, sabe que ese hombre anda con la muerte encima, pero nunca le perdonará que no pueda ver: el ritual de la desgracia, la pútrida sustancia que le acontece.

Por eso le hace jurar: **“Nada nuestro que estás en nada, nada es tu nombre, tu reino nada, tú serás nada en**

**nada como es en
nada”.**

**Te muestro el borde atroz de
mi rabia.** Te despierto absurdo y gris como un
entierro: así es la trágica soledad que exi-
lia; el tiempo enajenado de moribundos testi-
gos te sostiene, no hay creación sin asesino,
ya no hay verdaderos asesinos. A mi mano de-
vuelves tu ira: el cuerpo exhausto se inclina
como una cala abriéndose —secretamente— en
la oscuridad. Traición que desearía alcanzar
el firme olvido de un nombre que pulverice a

otros. El perdón te ha corrompido, mientras yo divago —impúdico, herético— el condominio de los muertos.

*Lengua desenfrenada,
vicio infamantísimo.*

Llevaré a tu tumba el destino ineluctable de lo real ver-

dadero y con libaciones fúnebres embriagaré a la muerte hasta desenterrarte. Aspiraré tus cenizas traicionadas. Olvidaré tus nombres. Arrancaré la bífida lengua de los epígonos y las sepultaré bajo tu piel, mientras arborescencias de fuego desgarran en pausas estrepitosas: la carne milagrosa de la **fatalidad**, te mostrará la soledad cómo descifrar tu silencio; en cordiales tinieblas me desdoblaré de mí mismo, entre cuerpo y texto **callaré como**

Pirrón y eyacularé mi lenguaje de lodo, y te penetraré mientras diminutas cordilleras desaparecen sobre tu pálida espalda crepitando la **última oración** de mi boca.

